



SOSTENER A QUIENES PROTEGEN

Voces y aprendizajes feministas sobre violencia digital,
cuidado y financiamiento en América Latina





Sobre este trabajo:

Este material parte de la investigación *Soluciones feministas para una vida libre de Violencias Basadas en Género Facilitadas por la Tecnología en América Latina*, realizada por la Rede Transfeminista de Cuidados Digitais (Red Transfeminista de Cuidados Digitales) en un trabajo conjunto con FAU LAC.

A través de un cuestionario y grupos focales con activistas de 12 países de América Latina, la investigación permitió conocer experiencias de mujeres y disidencias de sexo y género que enfrentan violencias basadas en género en los espacios digitales y las estrategias que los movimientos están construyendo y sosteniendo para responder a ellas. Las conversaciones también hicieron visible una dimensión que suele tener menos visibilidad: qué implica acompañar a otras personas frente a estas violencias y qué necesitan quienes hacen ese trabajo para sostenerlo en el tiempo.

En este material elegimos poner esas voces en primer plano. Sus experiencias muestran que el cuidado es una práctica feminista y también una condición para que las personas y organizaciones que enfrentan estas violencias puedan seguir acompañando, organizándose y defendiendo derechos.

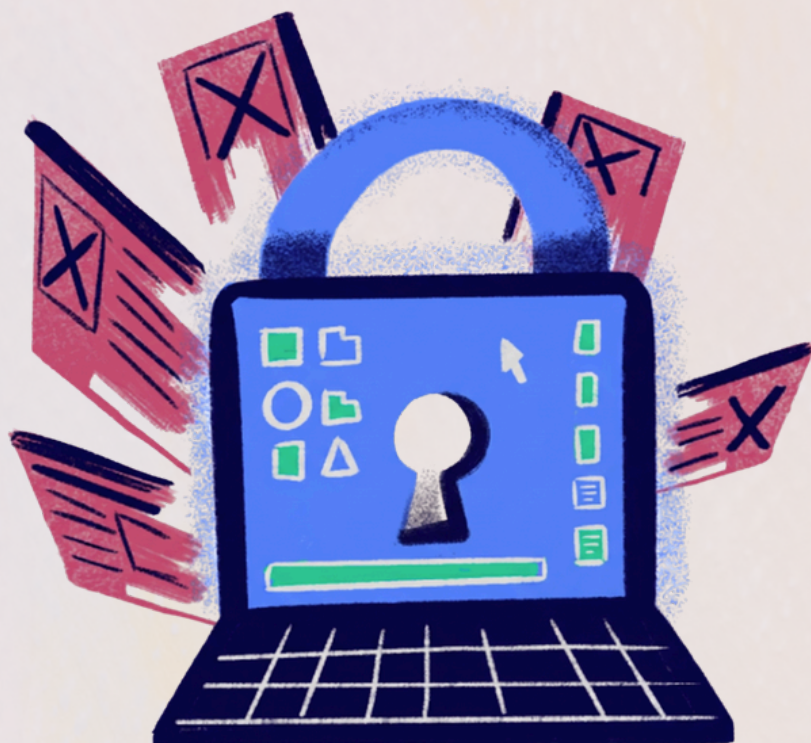
Quienes quieran conocer el análisis completo, incluyendo su marco conceptual, el panorama regional y las experiencias de líneas de ayuda feministas, pueden consultarla aquí.

Esta publicación fue realizada en el marco de la Alianza de Fondos de Mujeres y Feministas de América Latina y el Caribe a partir de la Iniciativa ‘Nuestras Redes Funcionan’ - Digital Democracy Initiative (DDI).

Una defensora piensa dos veces antes de publicar. Una organización teme perder la cuenta donde ha construido durante años su comunidad. Una persona activista empieza a participar menos en espacios públicos porque sabe que cada intervención puede traer nuevos ataques. Al mismo tiempo, quienes acompañan casos de violencia digital enfrentan una pregunta distinta: ¿Cómo seguir sosteniendo a otras personas sin que ese trabajo termine por agotarles?.

Estas experiencias muestran algo que los movimientos feministas y de derechos digitales de América Latina conocen desde hace años. Quienes ejercen violencia basada en género también usan las tecnologías para desgastar, controlar y silenciar a mujeres y disidencias de sexo y género, especialmente cuando alzan la voz, se organizan y defienden derechos. Los ataques tienen consecuencias concretas sobre sus posibilidades de participar, organizarse y permanecer en el espacio público.





En toda la región, redes feministas y LGBTQ+ han construido respuestas para acompañar a quienes enfrentan estas violencias. Ayudan a evaluar riesgos, recuperar cuentas, proteger información y acompañar denuncias, y ofrecen apoyo emocional a quienes atraviesan situaciones de violencia. Este trabajo permite que muchas personas puedan seguir participando y defendiendo derechos, pero también exige tiempo, conocimientos, recursos y cuidado para quienes lo hacen posible.

Las voces que compartimos en estas páginas nos permiten mirar de cerca esa dimensión de la respuesta. **Sostener las respuestas feministas frente a la violencia digital también implica sostener a quienes cuidan y acompañan, y asegurar que cuenten con las condiciones y los recursos necesarios para hacerlo en el tiempo.**

“Siempre pienso dos veces antes de publicar”

Las tecnologías son parte del trabajo cotidiano de los movimientos. Allí se organizan, convocan, denuncian, construyen comunidad y hacen visibles luchas que durante mucho tiempo tuvieron poco espacio en otros medios. Quienes buscan callar esas voces también conocen la importancia de estos espacios.

Los ataques pueden venir de personas desconocidas que coordinan campañas de hostigamiento y difamación, de grupos que usan denuncias masivas para intentar cerrar cuentas feministas, o de parejas y exparejas que vigilan dispositivos y acceden a contraseñas. La misoginia se cruza con el racismo, la transfobia, la lesbofobia y otras formas de discriminación, y sus impactos atraviesan la vida dentro y fuera de las pantallas.

“Afecta mi tranquilidad emocional, porque los ataques o mensajes hostiles generan ansiedad, insomnio y preocupación. También modifica mi forma de participar en redes: me expreso con más cautela, reduzco la exposición pública y, a veces, dejo de involucrarme en debates para evitar agresiones.”

Otra participante describe de manera muy directa cómo esta violencia modifica su participación:

“Género autocensura: siempre pienso dos veces antes de publicar algo o participar en espacios públicos que serán transmitidos en línea.”

En las organizaciones, el temor a los ataques también puede condicionar decisiones colectivas:

“El principal impacto es el miedo y el silenciamiento. Existe el temor de perder la cuenta de la organización, todo el trabajo y la comunidad que sostenemos, que es nuestro principal canal de diálogo con las personas. Eso nos hace repensar lo que publicamos o no.”

Cuando una persona activista reduce su participación, una organización evita hablar de un tema o una defensora abandona un espacio para protegerse del desgaste, el impacto va mucho más allá de una cuenta o una pantalla. Los ataques debilitan vínculos, dificultan la organización colectiva y reducen las posibilidades de participar en el debate público. Algunas de las personas consultadas hablaron incluso de cerrar sus redes, dejar el activismo o salir de sus países. Poder permanecer en esos espacios es una cuestión de protección, seguridad y cuidado.

Cuando las instituciones fallan, las redes feministas sostienen

Una persona que enfrenta violencia digital puede necesitar mucho más que un botón para reportar contenido: entender qué está pasando y cuánto riesgo corre, recuperar una cuenta, guardar pruebas sin exponerse más, decidir si quiere denunciar, encontrar apoyo legal, proteger su dispositivo o hablar con alguien que la escuche sin juzgarla.

Sin embargo, los Estados y las empresas tecnológicas siguen dejando grandes vacíos en esas respuestas. Entre las personas consultadas que denunciaron las violencias vividas, el 80,95% dijo que su denuncia no tuvo una respuesta positiva y el 95,24% consideró insatisfactoria la respuesta recibida.

Una participante de Bolivia explica qué significa esto en la práctica:

“Acá no tenemos una política pública que obligue a las instituciones que atienden violencia, sobre todo violencia de género, que den una respuesta hacia la violencia digital. [...] Eso dificulta mucho el proceso de denuncia, de atención, de investigación y reparación incluso.”

Una participante de Colombia describe una dificultad parecida:

“Si tú vas a la fiscalía a denunciar no te van a recibir el caso como una violencia digital basada en género.”



Frente a estos vacíos, los movimientos han construido sus propias respuestas. En distintos países de la región, organizaciones y redes feministas combinan acompañamiento emocional, conocimientos tecnológicos, evaluación de riesgos, orientación para documentar ataques, recuperación de cuentas y, cuando es posible, apoyo legal.

[Maria d'Ajuda](#) en Brasil, [Navegando Libres por la Red](#) en Ecuador y otros países de la región, y el [Centro S.O.S. Digital](#) en Bolivia son tres ejemplos de estas respuestas. Aunque sus formas de trabajo son distintas, comparten una apuesta por poner a la persona y sus decisiones en el centro del acompañamiento.

Estas experiencias forman parte de un conocimiento que los movimientos han construido durante años. Muestran, entre otras cosas, que recuperar una cuenta o una contraseña puede resolver una urgencia, pero que la respuesta no termina ahí. Poder decidir qué hacer después y sentirse acompañada durante ese proceso también importa.



Hay una persona detrás de cada respuesta

Detrás de una línea de ayuda hay personas que escuchan relatos de amenazas, revisan capturas de pantalla, evalúan riesgos, ayudan a recuperar cuentas y acompañan decisiones difíciles. Es un trabajo que requiere conocimientos técnicos y políticos, pero también tiempo y una enorme carga emocional.

Quienes acompañan estos casos pueden enfrentar ellas mismas amenazas y ataques, al tiempo que sostienen las consecuencias cotidianas de estar expuestas de manera reiterada a situaciones de violencia. Una de las participantes describió cómo ese desgaste atraviesa el cuerpo:

“Cuando defendemos la vida, cuando defendemos los derechos [...] se acaba afectando a los cuerpos, digamos, a nivel emocional o mental, pero también se acaba notando en forma de dolor físico.”

Otra participante habló de las dificultades concretas para acceder a atención de salud mental. En su contexto, explicó, una sesión de psicología puede costar entre 20 y 50 dólares y una consulta psiquiátrica alrededor de 100 dólares, mientras que las listas de espera del sistema público son muy largas. En las conversaciones también aparecieron necesidades laborales básicas que son necesarias para hacer sostenible este trabajo:

“Ayudaría un montón a que quienes trabajen en las líneas de ayudas no se sientan agotadas, [que] tengan, digamos, vacaciones pagadas, por ejemplo, acceso a un seguro de salud, que aporten [...] a los fondos que luego podrán cobrar cuando sean mayores.”



Vacaciones pagadas, seguro de salud, jubilación, terapia y tiempo para descansar son también parte de las condiciones materiales que hacen posible el cuidado.

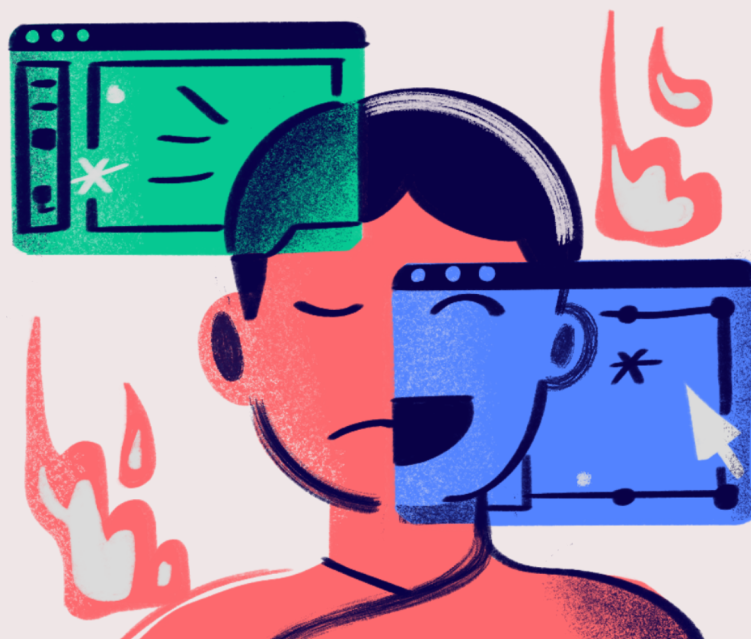
Si financiamos un proyecto y dejamos fuera las condiciones de quienes lo hacen posible, ese costo no desaparece: termina siendo absorbido por las personas con su tiempo, sus ingresos o su cuerpo. La sostenibilidad de estas respuestas depende también de que quienes acompañan puedan sostener sus propias vidas.

El cuidado necesita financiamiento

Las organizaciones que acompañan casos de violencia digital han desarrollado prácticas concretas para distribuir la responsabilidad y cuidar a sus equipos. Algunas rotan las guardias y acuerdan qué situaciones requieren una respuesta urgente; otras crean espacios para procesar colectivamente los casos, protegen la información sensible o desarrollan protocolos para responder cuando los ataques alcanzan a quienes acompañan. También documentan y comparten conocimientos para evitar que la experiencia y la responsabilidad se concentren en unas pocas personas.

Estas prácticas muestran que el cuidado forma parte del trabajo y, por lo tanto, también necesita financiamiento. Esto incluye el tiempo de los equipos y sus condiciones laborales, pero también atención psicosocial, descanso, seguridad digital, formación, respuesta a emergencias y seguimiento de casos.

Importa, además, la forma en que llegan esos recursos. Una amenaza puede cambiar rápidamente y las personas y organizaciones que la están enfrentando son quienes mejor conocen su contexto y pueden decidir qué respuesta necesitan.





En FAU LAC hemos aprendido que el financiamiento feminista puede responder a esa realidad cuando es rápido, flexible y está basado en la confianza. A través de nuestros apoyos de respuesta rápida, defensoras, activistas y organizaciones pueden decidir cómo utilizar los recursos según sus necesidades y el momento que están atravesando, ya sea para fortalecer su seguridad física o digital, acceder a atención psicosocial o médica, sostener prácticas de cuidado colectivo o responder a otras necesidades urgentes que les permitan continuar con su trabajo.

La flexibilidad implica adaptar la manera en que movemos recursos a las realidades de los movimientos, en lugar de pedirles que adapten sus respuestas a las reglas de quienes financiamos. Los Fondos de Acción Urgente surgieron precisamente a partir de un llamado de activistas que necesitaban un mecanismo capaz de responder con rapidez ante amenazas y oportunidades urgentes. Esa experiencia nos ha mostrado que la velocidad, la accesibilidad, la autonomía y la confianza no son características accesorias del financiamiento: determinan qué respuestas son posibles cuando las condiciones cambian rápidamente.

Financiar el cuidado desde esta perspectiva significa reconocer que quienes viven y responden a estas violencias tienen el conocimiento para decidir qué necesitan para cuidarse, acompañar a otras personas y seguir organizándose.

El cuidado también se organiza colectivamente

Las experiencias recogidas muestran que las organizaciones ya están construyendo formas de cuidarse y de repartir la carga del acompañamiento, para evitar que las respuestas dependan del agotamiento o del esfuerzo extraordinario de unas pocas personas. Entre las prácticas que aparecen están:

- Rotar las guardias y distribuir la carga de trabajo para que la atención no recaiga siempre en las mismas personas.
- Acordar qué constituye una emergencia, establecer pausas y respetar el derecho a desconectarse.
- Crear espacios regulares de escucha y procesamiento colectivo para acompañar el impacto emocional de los casos.
- Contar con apoyo terapéutico y otras formas de cuidado para quienes acompañan.
- Tener protocolos de seguridad para responder cuando quienes acompañan se convierten también en blanco de ataques.
- Proteger la información sensible y distribuir su acceso de manera segura dentro de los equipos.
- Documentar y compartir lo aprendido para que el conocimiento no se concentre en unas pocas personas y la continuidad del acompañamiento no dependa de ellas.

Estas prácticas muestran que el cuidado colectivo ocurre junto al trabajo político: forma parte de la manera en que los movimientos se organizan y construyen condiciones para permanecer. Para sostenerlas, hacen falta tiempo, recursos y condiciones laborales que reconozcan su importancia.

Lo que esto nos plantea a quienes financiamos movimientos

Las experiencias de quienes enfrentan y acompañan estas violencias también plantean preguntas para la filantropía feminista. Si queremos contribuir a respuestas que puedan sostenerse en el tiempo, el financiamiento no puede limitarse a cubrir las actividades más visibles de un proyecto mientras deja fuera a las personas y las condiciones que las hacen posibles.

Esto implica reconocer como parte legítima del trabajo los salarios, las prestaciones, el descanso, la atención psicosocial, la seguridad digital y la protección de los equipos. También requiere recursos que puedan llegar con rapidez y utilizarse con flexibilidad cuando cambia el riesgo o aparece una necesidad que no estaba prevista en un plan de trabajo.

Los recursos para sostener este trabajo existen, pero no están llegando a quienes lo hacen. En 2022, las organizaciones, movimientos e instituciones de derechos de la mujer recibieron apenas el 0,34% del total de los flujos de ayuda mundial, y solo el 1,2% de los fondos humanitarios se destinó directamente a actores locales o nacionales. El contraste es aún más claro si se compara con otros actores: entre 2013 y 2017, los movimientos anti-género recibieron más del triple de los recursos que el movimiento LGBTQIA a nivel global¹. El problema es de dirección: los recursos existen, pero se concentran en modalidades y actores que no llegan a quienes sostienen el trabajo de cuidado y acompañamiento.

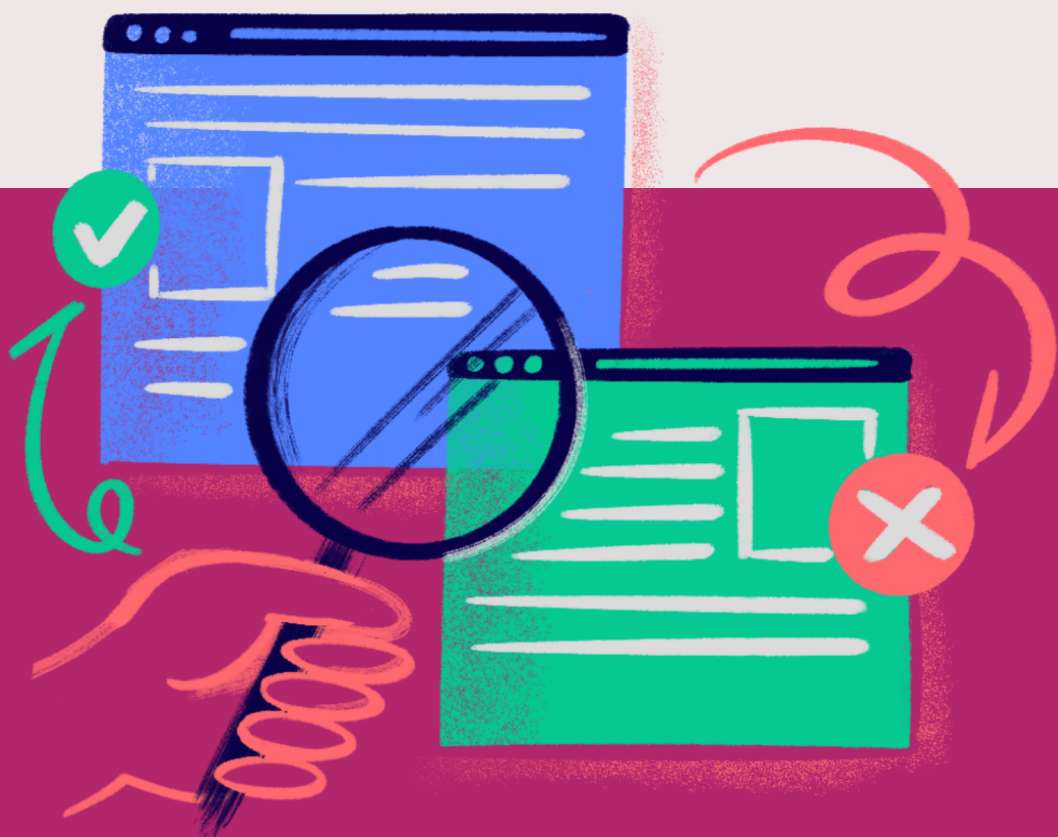
1. Más información sobre cómo los fondos feministas movilizan y redistribuyen recursos en el informe [Estrategias de entrega de recursos en una era de permacrisis: lecciones cruciales de la filantropía feminista](#), del [Consortio de Fondos de Acción Urgente](#) junto al Centro de Derechos Humanos Aplicados (CAHR) de la Universidad de York.



Los fondos de acción urgente surgen precisamente de la necesidad expedita de movilizar recursos hacia los movimientos. Su papel es el de un puente que reestructura los recursos obtenidos de la ayuda extranjera y la filantropía tradicional para hacerlos accesibles a quienes normalmente quedan fuera de esos circuitos. Solo entre 2021 y 2024, el [Consortio](#) movilizó unos USD 55 millones a través de más de 7.000 apoyos de respuesta rápida en 162 países, una prueba de que es posible mover recursos hacia el cuidado cuando se prioriza la rapidez, la flexibilidad y la confianza por encima de los procedimientos tradicionales.

La forma en que movilizamos los recursos también puede cambiar la forma en que entendemos la sostenibilidad y los resultados. Si queremos que las organizaciones puedan seguir acompañando en el tiempo, no basta con medir cuántos casos atienden o cuántas actividades realizan. También importa que puedan poner límites a la carga de trabajo, garantizar el descanso de sus equipos y dedicar tiempo y recursos a fortalecer su seguridad y sus prácticas de cuidado. Financiar estas condiciones no desvía recursos del trabajo: es parte de lo que permite sostenerlo.

En el centro de esta forma de financiar está la confianza. Las personas y organizaciones que enfrentan estas violencias conocen sus contextos, sus comunidades y los riesgos con los que trabajan. Nuestro papel como fondo puede ser poner más recursos y autonomía de decisión en sus manos, sin sustituir ese conocimiento con nuestras propias prioridades o procedimientos.





Sostener a quienes protegen

Los Estados tienen la responsabilidad de ofrecer rutas de atención, investigación y reparación que funcionen. Las empresas tecnológicas toman decisiones sobre el diseño de sus plataformas, sus sistemas de moderación y sus mecanismos de denuncia, y deben responder por las consecuencias que esas decisiones tienen sobre la vida y la seguridad de las personas.

Al mismo tiempo que exigimos esos cambios, los movimientos feministas ya están construyendo respuestas. Acompañan a quienes enfrentan ataques, ayudan a evaluar riesgos y recuperar cuentas, construyen herramientas y comparten conocimientos para que mujeres y disidencias de sexo y género puedan seguir hablando, organizándose y ocupando el espacio público.

Quienes financiamos movimientos también tenemos un papel en hacer sostenibles esas respuestas. Podemos contribuir con recursos que reconozcan el trabajo y el tiempo que requieren, que incluyan el descanso, la atención psicosocial y la seguridad, y que lleguen con la rapidez y flexibilidad necesarias para responder a contextos que cambian. Sobre todo, podemos confiar en el conocimiento de quienes están más cerca de sus comunidades para decidir cómo utilizar esos recursos.

Cuidar a quienes cuidan ayuda a que una persona activista pueda seguir participando, que una defensora pueda seguir alzando la voz, que una colectiva continúe organizándose y que quienes acompañan a otras personas puedan hacerlo sin poner en riesgo su propia posibilidad de permanecer.

Sostener estas condiciones es también una forma de sostener movimientos capaces de seguir construyendo espacios digitales donde mujeres y disidencias de sexo y género puedan participar con libertad y dignidad.

En FAU LAC trabajamos para que más recursos lleguen a las manos de quienes están sosteniendo estas respuestas. Conoce [nuestros apoyos de respuesta rápida](#), comparte este material y súmate a construir una forma de financiar los movimientos que ponga en el centro la confianza, la flexibilidad y el cuidado.

Si quieres entrar en contacto, escríbenos a info@faulac.org.



FAU LAC

Fondo de Acción Urgente para
América Latina y el Caribe